

El límite es el infinito. Relaciones entre integración y comunicación

Adalid Contreras Baspineiro

Edición, Ediciones CIESPAL. Quito: Ecuador.

Año: 2015

Páginas: 226

ISBN: 978-9978-55-125-7

En torno al trabajo Intelectual

Comienzo estas notas con palabras de Adalid Contreras en su libro *El límite es el infinito. Relaciones entre integración y comunicación*:

En el campo de la comunicación, con la globalización se activan dos procesos conceptual y metodológicamente antagónicos: uno movido desde los poderes para que con renovadas formas de difusión expresadas en la publicidad, el marketing y la propaganda, se sensibilice y persuada a los individuos y las poblaciones sobre la legitimidad del mercado y la privatización, buscando para ello complicidades con los patrones de la globalización. El otro proceso, opuesto, se desenvuelve en la recuperación de lo local, de las culturas, de lo cotidiano, de las microsociedades, del razonamiento práctico, de las interacciones y de las mediaciones, rehabilitando la esfera del consumo y de la recepción como espacios dinámicos de producción cultural y, en consecuencia, comunicacional.

El párrafo expresa con toda claridad una síntesis de lo que nos ha sucedido en el contexto de América Latina a lo largo de buena parte del siglo XX, de manera especial de su segunda mitad, y en estos quince años del XXI. Pero la historia es mucho más antigua, se la puede rastrear en las culturas indígenas de estas nuestras tierras, en la colonia, en las gestas libertarias.

Se trata en primer lugar del reconocimiento de lo que ha significado, y significa, la deriva de la comunicación en el seno de las sociedades antes y después de la llegada de los europeos a estos lados del mundo. La historia de esa deriva no se narra desde algunos esquemas planteados con la pretensión de decirlo todo,

como si se pudiera reducir tanta complejidad a algunas miradas con pretensión de omniabarcantes. Los procesos a los que se refiere Adalid están atravesados por marchas y contramarchas, por estructuras sociales en tensión con otras, por fuerzas de poder y de contrapoder, por modos de relacionarse y de construir la cultura, por prácticas y teorías, cotidianidades entretnejidas desde el seno de las comunidades y cotidianidades invadidas.

Nada de ello, nada de tanta complejidad, puede ser comprendido sin un largo trayecto por culturas y búsquedas científicas en el campo de la comunicación y mucho menos si nos referimos a la relación de esta última con el vasto territorio de la integración.

El límite es el infinito. Relaciones entre integración y comunicación, representa un punto de llegada de un largo, fructífero, caminar por el contexto latinoamericano; no nace una obra como ésta ni de la improvisación ni de las prisas y mucho menos de la aplicación de algunos pobres esquemas de lo que significan los dos términos en juego. Digámoslo así: no es lícito aventurarse a esas profundidades sin haber desarrollado pensamiento y teoría; tampoco lo es sin haber atesorado vivencias.

La obra de Adalid es producto de una constante labor de pensamiento y teoría ligada a la práctica social en el contexto latinoamericano, de la cual no se ha apartado a lo largo de años. Punto de llegada, entonces, de la reflexión, la capacidad crítica y la experiencia.

Cuando digo "la obra" me refiero no sólo a este libro. A un intelectual le corresponde la tarea de expresar sus búsquedas mediante el recurso de la escritura, Adalid no ha cesado de sostener esa práctica a través de más de veinte libros entre los que vale la pena mencionar *Vuela que no te corten las alas*; *Sentipensamientos: de la comunicación para el desarrollo a la comunicación para el vivir bien*; y, *Planificar la comunicación desde las mediaciones*.

Mi primera afirmación con respecto a *El límite es el infinito* es la siguiente: estamos ante una obra de fuerte sentido educativo, lo que equivale a decir: estamos ante una propuesta dirigida a promover y acompañar aprendizajes. Podría hacer extensivo esto a la totalidad de los escritos de nuestro amigo sin temor a equivocarme. En su quehacer en organizaciones formales y no formales, en sus proyectos, en sus cursos y en sus libros, Adalid ha sido siempre un educador. Hemos afirmado en muchas oportunidades que si alguien se define como tal está en la vida con una preciosa función: abrir alternativas para que los demás aprendan.

Libro para aprender, entonces, para asomarse a la complejidad de la comunicación en distintos períodos de nuestra historia, para apropiarse de modos de vivir, de ser, de planificar, de soñar, de construir de generaciones de seres humanos en lo que han significado en nuestros países los escollos y los caminos abiertos a la integración.

Segunda afirmación: estamos ante una obra de fuerte sentido cultural e histórico. Para llegar a ella, para construirla, ha sido necesario un caudal casi

inagotable de información. No se trata de esos escritos pegados en exceso a horizontes cercanos. Para comprender las relaciones comunicación-integración es preciso buscar en la historia profunda, en la trama infatigable de la cultura a lo largo de siglos y nuestro autor emprende esos caminos con todo un bagaje de conocimientos y de vivencias. El texto muestra con fuerza al lector infatigable, al investigador y, de manera radical –es decir, *de raíz*– al intelectual comprometido con una forma de concebir y practicar la comunicación en la integración. Esto último es fundamental: Adalid no sólo se refiere a esa relación como el académico centrado sólo en su pasión por investigar, sus búsquedas se entrelazan constantemente con su práctica; no nos habla de algo que no haya pensado, tampoco de algo que no haya hecho. Cuando, por ejemplo, nos explica los riesgos de una comunicación empecinada en difusionismos, impactos y, por qué no decirlo, manipulaciones, lo hace desde una opción por una comunicación alternativa, una comunicación otra que ha sostenido a lo largo de toda su vida profesional.

No hablo de esto último por noticias. Conocí a Adalid en 1985 en un curso que ofrecíamos en CIESPAL con nuestro amigo Eduardo Contreras. La toma de posición, la concepción de la educación y de la comunicación de aquellos tiempos está presente treinta años más tarde en el libro que nos ocupa. Presente en las opciones esenciales pero... ¡cuánto más profunda, cuánto más madura, cuánto más sustentada por todo lo atesorado por una coherencia constante!

Tercera afirmación: la obra es una lección de método de trabajo. Me permito decirlo: hace ya largo tiempo que me fatigan los discursos altisonantes en el campo de la comunicación y de la educación, aquellos que predicán más de lo que explican, que se alzan a voz de cuello sostenidos por una ira sin márgenes, que buscan persuadir a nombre de cualquier ideal y no dialogar, que se enfrascan en pretendidos heroísmos y en el arte de la guerra, que visten de enemigos a todos quienes piensan diferente a sus consignas.

Adalid toca temas que fueron y muchas veces son heridas abiertas en nuestros países, pero no lo hace con la espada verbal desenvainada por el guerrero, sino con la serenidad de quien busca comprensiones y no agresiones. ¿Tomas de posición?: por supuesto y clarísimas. ¿Señalamientos de lo que han significado tortuosos caminos de seudo integraciones y de seudo llamados a la comunicación?: por supuesto, pero sin incendios ni tambores de guerra. ¿Invitaciones a hilvanar nuestras utopías, a construir nuestro futuro?: sí, de manera constante, pero sin presentarse como quien puede dirigir conductas y conciencias.

Llamo “método de trabajo” a una relación serena con lo investigado y lo vivido, a una capacidad de narración que no decae, a una recuperación del dato para reflexionar sobre él, a una organización de la obra, a su estructura, a sus hallazgos presentados como resultado de lo que uno es en definitiva: un trabajador de la comunicación, la educación y la cultura, y no un pretendido héroe intelectual.

Adalid me hizo el honor de permitirme escribir el prólogo a su libro. Cierro este comentario con parte de lo expresado en esas líneas, precisamente para reafirmar las tres afirmaciones que he propuesto.

Propongo mi síntesis de lector:

He vivido con este libro una experiencia intelectual sostenida por el siempre necesario paradigma de la complejidad y por el sabio juego entre la capacidad de la mirada comprensiva general y el acercamiento de la lente a los detalles donde a menudo se concreta la práctica comunicacional. ¿Hay acaso otra manera de interpretar que no sea la de los esfuerzos de apropiarse de vastos horizontes y de detenerse en el fluir de los detalles? Una tensión (en el precioso sentido del término) semejante se logra luego de mucho caminar por nuestro campo de la comunicación y por nuestros países, de la práctica a la teoría y de ésta a la práctica, que así se aprende a aprender y a comunicar.

He apreciado una vez más, con toda fuerza, que una vida dedicada a la comunicación con sentido educativo y cultural a través de las palabras y los hechos se entreteje desde una opción ética, en la responsabilidad por las propias obligaciones de intelectual y por la decisión de obrar por principios.

Agrego ahora, en estas nuevas reflexiones: estamos ante un libro que debería ser material de consulta en nuestras instituciones educativas dedicadas a la comunicación y la educación, nada de lo que en él figura nos es ajeno en estos tiempos de transformaciones vertiginosas; tenemos muchísimo que aprender del pasado y de las experiencias y saberes de quienes, como Adalid, han caminado, vivido, pensado nuestra América Latina.

Daniel Prieto Castillo

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina,